

Los oficiales americanos se conmovieron con el canto de la joven de Pensilvania; el recuerdo de las revueltas pasadas de la patria les hacia mas sensible. La calma presente. Contemplaban estos lugares, poco ha resonando con el ruido de las armas de numerosos ejércitos, ahora sepultados en una paz profunda; estos lugares dorados con la última lumbrera del sol, animados con el silbido de los cardenales, con el arrullo de las palomas azules, con el canto de los arrendajos, y cuyos habitantes, puestos de codos sobre los cercados guarnecidos de binonias, miraban pasar nuestra barca por debajo de ellos.

Cuando llegué á Albani, fui á buscar á Mr. Swift, para quien llevaba una carta. Este Mr. Swift traficaba en pieles con las tribus indias enclavadas en el territorio cedido por la Inglaterra á los Estados-Unidos; porque las potencias civilizadas, republicanas y monárquicas, dividen entre sí, y sin cumplimiento, tierras de la América que no son suyas. Despues de oirme, me hizo Mr. Swift objeciones muy razonables. Me dijo que yo no podia emprender de buenas á primeras, solo, sin socorros, sin apoyo, sin recomendaciones para los apostaderos ingleses, americanos, españoles, por donde tendria que pasar, un viaje de tal importancia; que aun cuando tuviera la fortuna de atravesar tantas soledades, llegaria á regiones heladas, donde moriria de frio ó de hambre; me aconsejó que empezara por aclimatarme; me invitó á aprender los idiomas de aquellos países, á vivir entre los *corredores de caballos* y los agentes de la compañía de la bahía de Huhson. Hechas estas experiencias preliminares, podria yo, en cuatro ó cinco años, intentar mi atrevida mision con la asistencia del gobierno francés.

A pesar de que reconocia la exactitud de estos consejos, me desagradaban sobremanera. Por mi voto hubiera partido derecho hácia el polo, como se va de París á Pontoise. Oculté mi disgusto á Mr. Swift, y le supliqué que me proporcionase un guia y caballos para dirigirme al Niágara y á Pittsburg; de Pittsburg bajaria al Ohio, y recogeria noticias útiles para mis futuros proyectos. Yo tenia siempre en la cabeza mi primer plan de viaje.

Mr. Swift tomó para mi servicio á un holandés, que hablaba muchos dialectos indios, compré dos caballos, y abandoné á Albani.

Todo el país, que se extiende desde hoy entre el territorio de esta ciudad y el Niágara, está habitado y cultivado; el canal de Nueva-York lo atraviesa; pero entonces estaba desierta una gran parte de este país.

Cuando despues de haber pasado el Mohawk entré en bosques que jamás habian sido cortados, se apoderó de mi una especie de embriaguez de independencia; yo iba de un árbol á otro, á derecha é izquierda, diciéndome: «Aquí no hay caminos, ni ciudades, ni monarquía, ni república, ni presidentes, ni reyes, ni hombres.» Y para conocer si yo habia vuelto á mis derechos originales, me entregaba á actos voluntarios que irritaban á mi guia, porque en su interior me creía loco.

¡Ay! Yo me figuraba estar solo en esta selva, donde levantaba orgulloso mi cabeza! De repente me pegué en las narices contra un cobertizo. Bajo este cobertizo se ofrecen á mis ojos embobados los primeros salvajes que he visto en mi vida. Habria una veintena entre hombres y mujeres, embadurnados como hechiceros, con el cuerpo casi desnudo, las orejas cortadas, plumas de cuervo en la cabeza, y anillos pasados por las narices. Un francés pequenito, con polvos y rizos, vestido verde-manzana, chorrera y mangas de muselina, arañaba un violín de bolsillo, y hacia bailar el *Madelon Friquet* á estos iroqueses. Mr. Violet (que así se llamaba) era el maestro de baile de estos salvajes. Le pagaban las lecciones con pieles de castores y jamones de osos. Habia sido mar-

miton al servicio del general Rochambeau, en la guerra de América. Establecido en Nueva-York despues de la partida de nuestro ejército, se resolvió á enseñar las bellas artes á los americanos. Ensanchando sus miras con sus triunfos, el nuevo Orfeo llevó la civilizacion á las ordas salvajes del Nuevo-Mundo. Al hablarme de los indios, me decia siempre: «Estos señores y estas señoras salvajes.» Se alababa mucho de la ligereza de sus discípulos, y, en efecto, yo no he visto brinco mas descompasado. Mr. Violet, colocando su pequeño violín entre el vientre y la barba, templaba el instrumento fatal y gritaba á los iroqueses: ¡*A vuestro sitio!* Y toda la comparsa saltaba como si fueran diablos.

Esta introduccion á la vida salvaje por un baile que el marmiton del general Rochambeau daba á los iroqueses, ¿no era una cosa molesta para un discípulo de Rousseau? Tenia grandes deseos de reir, pero me hallaba cruelmente humillado.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

MI VESTIMENTA SALVAJE.—CAZA.—EL CARCAJOU Y EL ZORRO DEL CANADÁ.—RATON ALMIZCLADO.—PERROS PESCADORES.—INSECTOS.—MONTCALM Y WOLF.

Compré á los indios un traje completo: dos pieles de oso, la una para media toga, la otra para la cama. Uní á mi nuevo atavío el casquete de paño encarnado, la casaca, el cinturón, el cuerno para llamar á los perros, y la bandolera de caballería. Mis cabellos flotaban sobre mi cuello descubierto; llevaba la barba larga, y me parecia al salvaje, al cazador y al misionero. Me invitaron á una cacería, que debia tener lugar al dia siguiente, para buscar la pista del carcajou.

Esta raza de animales y la de los castores se ha destruido casi completamente en el Canadá.

Nos embarcamos antes de amanecer para remontar un rio á la salida del bosque, donde habia visto el carcajou. Eramos como treinta entre indios y cazadores americanos y del Canadá; parte de ellos costaba con la jauría; las mujeres llevaban nuestros viveres.

No encontramos el carcajou; pero matamos lobos cervales y ratones almizclados. En otro tiempo los indios tenian un gran sentimiento cuando mataban por acaso alguno de estos últimos animales, siendo la hembra del raton, como todos saben, la madre del género humano. Los chinos, mejores observadores, tienen por seguro que el raton se cambia en codoruz, y el topo en oropéndola.

Los pájaros de rio y los peces proveyeron abundantemente nuestra mesa. Los perros están enseñados á meterse en el agua; se precipitan en los rios, y cogen los peces hasta en el fondo del agua cuando no van á cazar. Nos sentamos alrededor de una fogata, que servia á las mujeres para los preparativos de la comida.

Nos acostamos horizontalmente con la cara pegada á la tierra para librarnos del humo, cuya nube, flotando sobre nuestras cabezas, nos ponía al abrigo de la picadura de los mosquitos.

Los diversos insectos carnívoros, vistos al microscopio, son animales formidables; tal vez eran estos dragones alados que describe la anatomía; disminuyendo en tamaño, á medida que disminuía su energía, estas idras, estos grifos se encontrarán hoy en la clase de insectos. Los gigantes antidiluvianos son los hombrillos de hoy.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

CAMPAMENTO A LA ORILLA DEL LAGO DE ONONDAGAS.—ÁRABES.—CURSO BOTÁNICO.—LA INDIA Y LA VACA.

Mr. Violet me ofreció sus credenciales para los Onondagas, resto de una de las seis naciones iroque-

sas. Llegué al lado de los Onondagas. El holandés eligió un sitio á propósito para nuestro campamento; un rio salia del lago; nuestro aparato se levantó en un recodo de este rio. Clavamos en tierra dos estacas ahorquilladas, á seis piés de distancia la una de la otra, y colocamos horizontalmente entre las dos una vara larga. Cortezas de abedul, colocadas convenientemente, formaron el techo inclinado de nuestro palacio. Nuestras sillas debian servirnos de reclinatorios, y nuestras capas do cubiertas. Colgamos unas campanillas del cuello de nuestros caballos, y los dejamos sueltos junto á nuestra tienda, cuya cercania no abandonaron.

Cuando quince años despues vivaqueaba yo en los arenales del desierto de Sabba, á algunos pasos del Jordan, á la orilla del mar Muerto, nuestros caballos, estos hijos ligeros de la Arabia, parecia que escuchaban los cuentos del sheik, y que tomaban parte en la historia de Antar y del caballo de Job.

A las cuatro de la tarde estábamos alojados. Cogí mi escopeta y me fui á los alrededores. Habia pocas aves: una pareja solitaria revoloteaba delante de mí, como estos pájaros que yo seguia en los bosques paternales; en el color del macho conocí el pájaro blanco, *passer nivalis* de los ornithologistas. Oí tambien el *quebrantahuesos*, muy conocido por su voz. El vuelo del *esclamador* me habia conducido á un estrecho valle encerrado entre alturas desnudas y pedregosas; á su mitad se levantaba una mala cabaña; una vaca flaca erraba en un prado cercano.

Yo amo los albergues pequeños: á *chico pajarrillo chico nidillo*. Me senté en la pendiente, enfrente de la choza, en el costado opuesto.

Al cabo de algunos minutos oí gritos en el valle; tres hombres conducian cinco ó seis vacas gordas; las pusieron á pacer, y alejaron la vaca flaca con sus varillas. Una mujer salvaje salió de la choza, avanzó hácia el animal y lo llamó. La vaca corrió hácia ella alargando el cuello y dando un pequeño mugido. Los dueños de la tierra amenazaron de lejos á la india, que volvió á su cabaña. La vaca la siguió.

Me levanté, atravesé el valle, y subiendo á la colina, llegué á la choza.

Pronuncié el saludo que me habian enseñado: ¡*Siegoh!* (¡Aquí estoy yo!) La india, en lugar de responderme repitiendo mi saludo, se calló. Acaricié á la vaca, y el amarillo rostro de la india dió señales de enternecerse. Yo estaba conmovido con estas misteriosas relaciones del infortunio; hay cierto placer en llorar desgracias que nadie ha llorado.

Mi huésped me miró todavía con un resto de duda; despues se adelantó, y pasó la mano por la frente de su compañera de soledad y de miseria.

Animado por esta muestra de confianza, dije en inglés: «¡Esta muy flaca!» y la india replicó en mal inglés: «*Come poco. She cats veri little.*» «La han echado rudamente,» dije yo; y la mujer respondió: «*Las dos estamos acostumbradas á esto. Both.*» Y yo dije: «Esta pradera, ¿no es vuestra?» «Esta pradera, dijo, era de mi marido, que ha muerto. Yo no tengo hijos, y los blancos traen sus vacas á mi pradera.»

Yo no tenia nada que ofrecer á esta criatura de Dios. Al separarnos, mi huésped me dijo muchas cosas que yo no comprendí; serian deseos de prosperidad; si sus votos no han llegado hasta el cielo, no seria la culpa de quien pedía, sino la flaqueza de aquel para quien se oraba. Todas las almas no tienen igual aptitud para la felicidad, como no tienen todas las tierras las mismas cosechas.

Volví á mi *ajoupa*, donde me esperaba una colacion de patatas y maíz. La noche fue magnífica; el lago, unido como un espejo sin marco, no tenía un solo pliegue; el rio bañaba murmurando nuestra península, perfumada por los *calycanthos*. El *weep-*

*poor-will* repetía su canto; nosotros lo oíamos cerca ó lejos, segun que el pájaro cambiaba el lugar de su amorosa llamada. Nadie me llamaba. ¡Llora, pobre William! ¡*weep-poor-will!*

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

UN IROQUÉS.—SACHEM DE LOS ONONDAGAS.—VELLY Y LOS FRANKS.—CEREMONIA DE LA HOSPITALIDAD.—ANTIGUOS GRIEGOS.

Al dia siguiente fui á visitar al sachem de los Onondagas; llegué á su aldea á las diez de la mañana. Al instante me vi rodeado de jóvenes salvajes que me hablaban en su lengua, mezclada de palabras inglesas y francesas; hacian mucho ruido, y tenían el aire alegre, como los primeros turcos que vi despues en Coron, cuando pisé el suelo de Grecia. Estas tribus indias, enclavadas en terreno de blancos, tienen caballos y rebaños; sus cabañas están llenas de utensilios comprados, por una parte en Québec, Montreal, Niágara, el Estrecho, y por la otra en los mercados de los Estados-Unidos.

Cuando se recorrió el interior de la América Septentrional, se halló en el estado natural, entre las diversas naciones salvajes, las diferentes formas de gobierno de los países civilizados. El iroqués pertenecia á una raza que parecia destinada á conquistar las razas indias, si no hubieran venido extranjeros á chupar sus venas y sujetar su genio. Este hombre intrépido no se sorprendió de ver las armas de fuego, cuando por la primera vez se usaron contra él; se mantuvo firme al silbido de las balas y al ruido del cañon, como si los hubiera oído toda su vida; aparentó que no le hacia mas efecto que el de una tempestad. Cuando se pudo procurar un mosquito, se sirvió de él mejor que un europeo. No abandonó por eso el rompe-cabezas, el arco y la flecha, sino que añadió la carabina, la pistola, el puñal y el hacha, como si no tuviera bastantes armas para todo su valor. Cubierto doblemente con las armas de América, adornada su cabeza con penachos, las orejas horadadas, la cara barnizada de diversos colores, los brazos picados y teñidos de sangre, este campeon del Nuevo-Mundo se hizo tan temible de vista como en el combate, en la playa que defendió palmo á palmo de sus invasores.

El sachem de los Onondagas era un viejo iroqués en toda la extension de la palabra; su persona conservaba la tradicion de los antiguos tiempos del desierto.

Las relaciones inglesas llaman siempre al sachem indio *caballero*. El *viejo caballero*, pues, está enteramente desnudo; tiene una pluma ó una espina de pescado atravesada por las narices, y cubre algunas veces su cabeza pelada y redonda con un sombrero bordado de tres candiles, en señal de honores europeos. Velly ¿no pinta la historia con la misma verdad? El gefe franco Kilperick se mojaba los cabellos con manteca rancia, se pintaba las mejillas de verde, y llevaba un sayo abigarrado, ó una túnica de piel; ha sido representado por Velly como un príncipe magnífico hasta la ostentacion en sus muebles y en su equipaje, voluptuoso hasta la inmoralidad, creyendo apenas en Dios y burlándose de sus ministros.

El sachem de los Onondagas me recibió bien y me hizo sentar en un petate. Hablaba en inglés, y entendia el francés; mi guia sabia el iroqués; la conversacion fue fácil. El viejo me dijo, entre otras cosas, que aunque su nacion habia estado siempre en guerra con la mia, la estimaba mucho. Se quejaba de los americanos; los creía injustos y avaros, y sentia que en la division de las tierras indias no hubiese aumentado su tribu el lote de los ingleses.

Las mujeres nos sirvieron la comida. La hospitalidad es la última virtud que ha quedado á los salvajes en medio de la civilización europea; se sabe cuál era antes esta hospitalidad: el hogar tenía el poder del altar.

Cuando una tribu era arrojada de sus bosques, ó cuando un hombre venía á pedir hospitalidad, el extranjero comenzaba lo que se llamaba el baile del suplicante; el niño pisaba el dintel de la puerta, y decía: «¡Aquí está un extranjero!» y el jefe respondía: «¡Jóven, introduce al hombre en la choza.» El extranjero entraba bajo la protección del niño, y se iba á sentar en la ceniza del hogar. Las mujeres decían el canto de la consolación: «El extranjero ha encontrado una madre y una mujer; el sol se levantará y se pondrá para él como antes.» Estos usos parecen tomados de los griegos; Temístocles, en casa de Admeto, abraza los penates y á su hijo (quizás yo he pisado en Megara, el hogar de la pobre mujer que ocultó la urna cineraria de Phocion), y Ulises, en casa de Alcinous, suplica á Areté: «Noble Areté, hija de Rhexenor; después de haber sufrido males crueles, me arrojo á vuestros pies...» Al acabar estas palabras, el héroe fue á sentarse junto al fuego. Me despedí del anciano sachem. Se había hallado en la toma de Quebec. En los años vergonzosos del reinado de Luis XV, el episodio de la guerra del Canadá viene á consolarnos como una página de nuestra antigua historia hallada en la torre de Londres.

Montcalm, encargado de defender sin recursos el Canadá contra fuerzas superiores y continuamente renovadas, lucha con buen éxito durante dos años, y bate á lord London y al general Abercromby. Por último lo abandona la fortuna; herido bajo los muros de Quebec, cae, y muere á los dos días; sus granaderos lo entierran en un hoyo abierto por una bomba; fosa digna del honor de nuestras armas! Su noble enemigo Wolf muere enfrente de él; paga con su vida la de Montcalm y la gloria de espirar sobre algunas banderas francesas.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

VIAJE DESDE EL LAGO DE LOS ONONDAGAS AL RÍO GENESÉE.—ABEJAS.—ROTURAMIENTOS.—HOSPITALIDAD.—CAMA.—SERPIENTE DE CASCABEL ENCANTADA.

Mi guía y yo montamos otra vez á caballo. Nuestro camino, cada vez mas penoso, apenas se hallaba señalado por ramas cortadas de los árboles. Sus troncos servían de puente en los riachuelos. La población americana prefería entonces las concesiones de Genesée. Estas concesiones se vendían mas ó menos caras, según la bondad del suelo, la calidad de los árboles, el curso y la abundancia de las aguas.

Se ha observado que las abejas preceden en los bosques á los colonos; vanguardia de los labradores, ellas anuncian, y son el símbolo de la industria y de la civilización. Desconocidas en América, fueron tras de las velas de Colon; y estas conquistadoras pacíficas no han robado á un nuevo mundo de flores mas que tesoros inútiles á los indígenas, y no se han servido de ellos mas que para enriquecer el suelo de donde los habían sacado.

El cultivo á las dos orillas del camino que yo recorría, ofrecía una curiosa mezcla del estado de naturaleza con el estado civilizado. En el extremo de un bosque, donde no se habían oído mas que los gritos del salvaje y los bramidos de las fieras, se encontraba una tierra labrada; en el mismo sitio se veía la choza del indio y la habitación de un terrateniente. Algunas de estas casitas recordaban la limpieza de las

granjas holandesas; otras estaban á medio hacer, y tenían aun por techo la bóveda celeste.

Yo era recibido en estas casitas, obra de una mañana, y encontraba continuamente en ellas una familia con la elegancia de Europa, muebles de caoba, piano, tapices y espejos, á cuatro pasos de la choza de un iroqués. Por la noche se abrían las ventanas cuando venían del campo los criados, ó de los bosques, con el hacha ó el azadon. A la vista del desierto, y alguna vez entre el ruido de una cascada, las hijas de mi huésped cantaban al piano el duo del *Pandolfetto* de Paesiello, ó un *cantabile* de Cimarosa.

En los mejores terrenos se hacían pueblecillos. Del seno de una selva se lanzaba al aire la flecha de un campanario. Como las costumbres inglesas siguen á todas partes á los ingleses, después de haber atravesado países donde no se hallaba rastro de habitantes, veía colgado el anuncio de una hostería pendiente de un árbol. Los cazadores, los plantadores y los indios se reunían en estos paradores; la primera vez que yo descansé en uno de ellos, juré que sería la última.

Al entrar en una de estas hospederías, me quedé estupefacto á la vista de una gran cama hecha en forma circular alrededor de una viga; cada viajero tomaba plaza en esta cama, con los pies pegando á la viga, y la cabeza en la circunferencia del círculo, de manera que los durmientes estaban colocados simétricamente, como si fueran los rayos de una rueda. Después de vacilar, me introduje en esta máquina, porque no veía á nadie en ella. Comencé á adornarme, cuando sentí alguna cosa que se deslizaba contra mí; era la pierna de mi grande holandés; yo no he sentido en mi vida mayor horror. Salté del capacho hospitalario, maldiciendo de corazón los usos de nuestros buenos abuelos, y me fui á dormir con mi capa á la luz de la luna; esta compañera de cama del viajero no tenía nada que no fuera agradable, fresco y puro.

En la orilla del Genesée hallamos una barca. Una porción de colonos y de indios pasó el río con nosotros. Acampamos en praderas pintadas de mariposas y de flores. Con la diferencia de trajes, los grupos que formábamos alrededor de nuestras hogueras, y nuestros caballos atados ó sueltos, parecíamos una caravana. Allí encontré la culebra de cascabel que se dejaba encantar con el sonido de una flauta. Los griegos hubieran hecho del canadiense un Orfeo; de la flauta una lira; de la culebra Cerbero, ó quizás Euridice.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

FAMILIA INDIA.—NOCHE EN LOS BOSQUES.—PARTIDA DE LA FAMILIA.—SALVAJE DEL SALTO DEL NIAGARA.—EL CAPITAN GORDON.—JERUSALÉN.

Avanzamos hacia el Niágara. Estábamos á ocho ó nueve leguas, cuando vimos en un encinar el fuego de algunos salvajes en el sitio donde nosotros pensábamos vivaquear. Nos aprovechamos de la ocasión, y después de haber pensado los caballos, nos acercamos á la horda. Con las piernas cruzadas á la manera de los sastres, nos sentamos con los indios al fuego, para asar nuestro maíz.

La familia se componía de dos mujeres, dos niños de pecho y tres guerreros. La conversación se hizo general; es decir, entrecortada por algunas palabras de mi parte ó por muchos gestos: en seguida todos se durmieron en el sitio en que estaban. Despierto yo únicamente, fui á sentarme en un tronco que estaba á la orilla de un arroyo.

La luna plateaba la copa de los árboles; una brisa

embalsamada, que esta reina de la noche traía del Oriente, parecía precederla en los bosques como si fuera su fresco aliento. El astro solitario subía poco á poco por el cielo; tan pronto seguía su carrera, tan pronto se ocultaba entre grupos de nubes, parecidas á la cima de montañas coronadas de nieve. Todo hubiera sido silencio y reposo sin la caída de algunas hojas, el paso de un viento súbito, el gemido de la lechuza; á lo lejos se oían los sordos mugidos de la catarata del Niágara, que en la calma de la noche se prolongaban de desierto en desierto, y espiraban en las selvas solitarias. En estas noches me apareció una musa desconocida; recogí alguno de sus acentos, los apunté en mi libro á la luz de las estrellas, como un músico vulgar escribiría las notas que le dictara algun maestro de armonía.

Al día siguiente se armaron los indios, las mujeres reunieron su equipaje, y yo les di unos polvos y bermellon, separándonos tocando nuestras frentes y nuestro vientre. Los guerreros dieron el grito de marcha, y partieron los primeros; las mujeres iban detrás, cargadas con los niños que llevaban á la espalda, y que volvían la cabeza á mirarnos. Yo seguí esta tropa con la vista, hasta que desapareció entre los árboles del bosque.

Los salvajes del Salto del Niágara, dependientes de los ingleses, estaban encargados de la policía de la frontera en este lado. Esta extraña gendarmería, armada de arcos y flechas, nos impidió pasar, y me vi obligado á enviar al holandés al fuerte de Niágara á pedir permiso para entrar en las tierras de la dominación británica. Esto me comprimía el corazón, porque me recordaba que la Francia había mandado en el Alto como en el Bajo Canadá. Mi guía volvió con el permiso, que aun conservo, y que está firmado por *El Capitan Gordon*. No es singular que haya encontrado el mismo nombre inglés en la puerta de mi celda en Jerusalem? «Trece peregrinos habían escrito su nombre sobre la puerta en la parte exterior de la habitación; el primero se llamaba Carlos Lombard, y se hallaba en Jerusalem en 1669; el último es John Gordon, y la fecha de su tránsito es de 1804. (*lineario*.)»

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

CATARATA DEL NIAGARA.—CULEBRA DE CASCABEL.—CAIGO EN EN ABISMO.

Permanecí dos días en la aldea india, desde donde escribí una carta á Mr. de Malesherbes. Las Indias se ocupaban en diferentes faenas; sus hijuelos estaban suspendidos en redes de las ramas de los árboles. La yerba estaba cubierta de rocío; el viento salía perfumado de los forestas, y el algodon del país, rompiendo su boton, parecía á los rosales blancos. La brisa mecía las cunas aéreas con un movimiento casi imperceptible; las madres se levantaban de vez en cuando á ver si sus hijos dormían, ó si los pájaros los habían despertado. Cuatro leguas distaba la aldea de la catarata; eran precisas otras tantas horas para que yo llegase á ella con mi guía. A seis millas de distancia, una columna de vapor me indicaba el lugar de la vertiente. El corazón me palpitaba con una alegría mezclada de terror al entrar en el bosque que me separaba de uno de los mayores espectáculos que la naturaleza haya ofrecido á los hombres.

Echamos pié á tierra, y llevando los caballos del diestro, llegamos á la orilla del Niágara, siete ó ochocientos pasos encima del Salto. Como yo avanzase incientemente, el guía me cogió por el brazo, y me detuvo á la orilla del agua, que pasaba con la velocidad de una flecha. No bullía; se deslizaba como una

sola masa por la pendiente de la roca; su silencio antes de la caída formaba contraste con el estrépito de su caída misma. La *Escritura* compara continuamente á un pueblo con los grandes ríos; aquí era un pueblo muribundo, que, privado de la voz por la agonía, iba á precipitarse en el abismo de la eternidad.

El guía me retenía siempre, porque yo me sentía arrastrado, por decirlo así, hacia el río, y tenía un deseo involuntario de arrojarme á él. Tan pronto dirigía mis miradas agua arriba por la orilla, tan pronto por la corriente abajo á la isla que dividía las aguas, y donde estas aguas desaparecían, como si fueran robadas por el cielo.

Después de un cuarto de hora de perplejidad indefinida y de admiración, me dirigí á la cascada. En el *Ensayo sobre las revoluciones* y en *Atala*, se pueden ver las dos descripciones que he hecho de ella. Hoy atraviesan la catarata grandes caminos; en la orilla americana y en la inglesa hay hosterías, molinos y manufacturas.

Yo no podía comunicar los pensamientos que me agitaban á la vista de un desorden tan sublime. En el desierto de mi primera existencia me he visto obligado á inventar personajes para decorarla; he sacado de mi propia sustancia seres que yo no hallaba en otra parte, y que llevaba conmigo. Así, he colocado recuerdos de Atala y de René á las orillas de la catarata del Niágara, como la expresión de su tristeza. ¿Qué es una cascada que se despeña eternamente al aspecto insensible de la tierra y del cielo, si la naturaleza humana no está allí con su destino y sus desgracias? ¿Internarse en esta soledad de agua y de montañas, y no saber con quién hablar de este grande espectáculo! ¿Las olas, las rocas, los bosques, los torrentes para sí solo! Dad al alma una compañera, y el risueño vestido de los prados y el fresco aliento de las aguas, todo va á ser alegría: el curso del día, el reposo mas dulce todavía del anochecer, el atravesar las olas, el dormir sobre el musgo, arrancarán al corazón su mas profunda ternura. Yo he sentado á Velleda en los arenales de Armórica, á Cimodocéa bajo los pórticos de Atenas, á Blanca en las salas de la Alhambra. Alejandro fundaba ciudades por donde pasaba; yo he dejado sueños por donde he arrastrado mi vida.

Yo he visto las cascadas de los Alpes con sus gamuzas, y las de los Pirineos con sus cabras monteses; yo no he remontado el Niño bastante para encontrar sus cataratas rápidas; no hablo de las zonas de azul de Terni y de Tivoli, elegantes alfombras de ruinas, ó motivos de inspiración para el poeta:

Et præceps Anio ac Tiburni lucus.

«Y el Anio rápido, y el bosque sagrado de Tibur.»

Niagara lo borra todo. Yo contemplaba la catarata que revelaron al antiguo mundo, no ínfimos viajeros de mi especie, sino misioneros, que, buscando la soledad para Dios, se arrojaban á la vista de alguna maravilla de la naturaleza, y recibían el martirio acabando el cántico de su admiración. Nuestros sacerdotes saludaron los hermosos sitios de América, y los consagraron con su sangre; nuestros soldados han tocado con sus manos las ruinas de Tebas, y presentado las armas en Andalucía; todo el genio de la Francia está reasumido en la doble milicia de nuestros campamentos y nuestros altares.

Yo tenía la brida de mi caballo rodeada al brazo, cuando una culebra de cascabel silbó entre los matorrales. El caballo se asombra, se encabrita, y retrocede acercándose á la cascada. Yo no pude sacar las riendas del brazo; el caballo, cada vez mas espantado, me arrastraba. Ya los piés delanteros pierden la tierra; pendiente sobre el abismo, apenas podía sostenerse sobre las piernas de atrás. Yo estaba perdido, cuando el animal, asustado él mismo del nuevo peligro, vuel-

ve atrás con una pirueta. Al dejar la vida en los bosques del Canadá, ¿hubiera llevado mi alma al tribunal supremo, los sacrificios, las virtudes de los padres Jogues y Lallemand, ó días perdidos y miserables quimeras?

No fue este el único peligro que corrí. Una escala de lianas servía á los salvajes para bajar al pozo inferior, y se hallaba entonces rota. Deseando ver la catarata de bajo á alto, me aventuré á descolgarme por el flanco de una roca casi abierta á pico. A pesar del ruido que producía el agua debajo de mí, conservé la cabeza, y llegué como á cuarenta piés del fondo. Allí, la piedra vertical y desnuda no ofrecía punto de apo-

yo; quedé colgado de una mano á la última raíz, sintiendo que mis dedos se abrían por el peso de mi cuerpo: hay pocos hombres que hayan pasado minutos como los que yo conté. Mi mano, fatigada, se abrió, y caí. Por una felicidad inaudita, me paré en la raíz de una roca, donde me hubiera debido estrellar mil veces, y no me noté gran daño; estaba á medio pié del abismo, y no había rodado; pero cuando el frío y la humedad comenzaron á penetrarme, me apercibí de que no había salido tan bien librado; tenía el brazo fracturado por debajo del codo. El guía, que miraba desde arriba, y al cual hice señales de apuro, corrió á buscar salvajes. Me subieron con



CHATEAUBRIAND VISITA A WASHINGTON.

cuerdas por un sendero de nutrias, y me transportaron á su aldea. Yo no tenía mas que una simple fractura; dos tablitas, un vendaje y un pañuelo, bastaron á mi curacion.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

DOCE DIAS EN UNA CHOZA.—CAMBIO DE COSTUMBRES ENTRE LOS SALVAJES.—NACIMIENTO Y MUERTE.—MONTAIGNE.—CANTO DE LA CULEBRA.—PANTOMIMA DE UNA INDIA PEQUEÑITA, ORIGINAL DE MILA.

Viví doce dias con mis médicos, los indios del Niagara. Allí ví pasar tribus que bajaban del Estrecho, ó

de los países situados al Mediodía y al Oriente del lago Erié. Me informé de sus usos; conseguí con pequeños regalos representaciones de sus antiguas costumbres, porque estas costumbres mismas ya no existen. Sin embargo, al principio de la guerra de la independencia americana, los salvajes se comían á los prisioneros y á los muertos: un capitán inglés sacó con un cucharón una mano de una marmita india.

El nacimiento y la muerte es lo que menos ha perdido en los hábitos indios; esta no es moda que pasa. Se pone al recién nacido, á fin de honrarlo, el nombre mas antiguo de la casa: el de la abuela, por ejemplo; porque los nombres se toman siempre en la línea materna. Desde este momento, el niño ocupa la plaza de

la mujer cuyo nombre ha recibido, y se le da, cuando se habla, el grado de parentesco que este nombre hace revivir; así un tíó puede saludar á su sobrino con el título de *abuela*. Esta costumbre, al parecer risible, es sin embargo afectuosa. Resucita á los antepasados muertos; reproduce en la debilidad de los primeros años la debilidad de los últimos; acerca las extremidades de la vida, el principio y el fin de la familia; comunica una especie de inmortalidad á los ascendientes, y los supone presentes en medio de su posteridad.

Por lo que respecta á los muertos, es fácil encon-

trar las causas de la adhesión del salvaje á las santas reliquias. Las naciones civilizadas tienen, para conservar el recuerdo de su patria, la tradición de las letras y de las artes; tienen ciudades, palacios, torres, columnas, obeliscos; tienen la huella del arado en campos antes cultivados; los nombres están esculpidos en bronce y mármol; las acciones consignadas en las crónicas.

Nada de esto tienen los pueblos de la soledad: su nombre no está escrito en los árboles; su choza, construida en pocas horas, desaparece en algunos instan-



HOSPITALIDAD DEL SACHEN DE LOS ONONDAGAS.

tes; el cayado con que hace su labor, no hace mas que rozar la tierra, sin lograr abrir un surco. Sus canciones tradicionales perecen con la última memoria que las retiene; se desvanecen con la última voz que las repite. Las tribus del Nuevo-Mundo no tienen mas que un monumento: la tumba. Quitad á los salvajes los huesos de sus padres, y les quitais su historia, sus leyes, y hasta sus dioses; robais á estos hombres, entre las generaciones futuras, la prueba de su existencia, como la de su nada.

Yo quería oír el canto de mis huéspedes. Una pequeña india de catorce años, llamada Mila, muy linda (las mujeres indias no son bonitas mas que á esta edad), cantó alguna cosa muy agradable. ¿No era la estancia de Montaigne? «Culebra, detente; detente, culebra, á fin de que mi hermana saque sobre el patron de tu

pintura la forma y la obra de un hermoso cordon que pueda dar á mi mamá; así tu belleza sea preferida á la de todas las demás culebras.»

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

INCIDENTES.—ANTIGUO CANADÁ.—POBLACION INDIA.—DEGRADACION DE LAS COSTUMBRES.—VERDADERA CIVILIZACION INTRODUCIDA POR LA RELIGION.—FALSA CIVILIZACION INTRODUCIDA POR EL COMERCIO.—CORREDORES DE BOSQUES.—FACTÓRIAS.—MESTIZOS Ó MULATOS.—GUERRAS DE LAS COMPAÑÍAS.—MUERTE DE LAS LENGUAS INDIAS.

Los canadenses no son ya tales como los pintaron Cartier, Champlain, La-hontan, Lescarbot, Laffi-

seau, Charlevoix y las *Cartas Edificantes*: el siglo XVI y principios del XVII era todavía la época de la imaginación y de las costumbres sencillas: lo maravilloso de aquella reflejaba una naturaleza virgen, y el candor de estas reproducía la sencillez del salvaje. Champlain, al fin de su primer viaje al Canadá, en 1603, refiere que «cerca de la bahía de los Calores, en dirección al Sur, hay una isla, en donde habita un monstruo espantoso, que los salvajes llaman *gugú*.» El Canadá tenía su gigante como el Cabo de las Tempestades tenía también el suyo. Homero es el verdadero padre de todas esas invenciones, en las que se ven siempre los Cíclopes, Caribdis y Scila, ogros ó *gugús*.

La población salvaje de la América Septentrional, no comprendiendo en ella los mejicanos ni los esquimales, no llega en el día á cuatrocientas mil almas en la parte de acá y de allá de las montañas Rocallosas: hay viajeros que solo la hacen subir á ciento cincuenta mil. La degradación de las costumbres indias ha caminado en la misma proporción que el aminoramiento de la población de las tribus. Las tradiciones religiosas se han vuelto confusas: la instrucción difundida por los jesuitas del Canadá mezcló ideas extrañas á las ideas nativas de los indígenas, y á través de fábulas groseras se columbran las creencias cristianas desfiguradas; la mayor parte de los salvajes llevan cruces por vía de adornos, y los comerciantes protestantes les venden lo que les daban los misioneros católicos. Digamos en honor de nuestra patria, y para gloria de nuestra religión, que los indios nos habían cobrado gran cariño; que continuamente nos están echando de menos, y que un *ropaje negro* (un misionero) es todavía objeto de gran veneración en los bosques americanos. El salvaje continúa amándonos bajo el árbol en que fuimos sus primeros huéspedes, en el suelo que hollamos con nuestras plantas, y en donde les dejamos confiados sepulcros.

Cuando los indios andaban desnudos, ó vestidos de pieles, tenían algo de grande y noble; pero en el día, los harapos europeos, sin cubrir su desnudez, no hacen más que poner en relieve su miseria: el indio ahora no es más que un mendigo á la puerta de una casa de comercio, no un salvaje en sus bosques.

Por último, se ha formado una especie de población mestiza nacida de los colonos y de las Indias. Estos hombres, llamados *mulatos* á causa del color de su piel, son los corredores de cambio entre los autores de su doble origen; hablan el idioma de sus padres y de sus madres, y participan de los vicios de las dos razas. Esos bastardos de la naturaleza civilizada y de la naturaleza salvaje se venden, ora á los americanos, ora á los ingleses, para entregarles el monopolio de las pieles; mantienen las rivalidades de las compañías inglesas de la *Bahía de Hudson* y del *Noroeste*, y de las compañías americanas *Fur colombian-american company*, *Missouri's fur company* y otras; y hacen por sí mismos cazas por cuenta de los tratantes, con cazadores asalariados por las compañías.

Solo es conocida la célebre guerra de la independencia americana; pero se ignora que también ha corrido sangre por los mezquinos intereses de un puñado de comerciantes. La compañía de la *Bahía de Hudson* vendió en 1811 á lord Selkirk un terreno á orillas del río Rojo, y se puso el establecimiento en 1812. La compañía del *Noroeste*, ó del Canadá, miró eso con malos ojos, y las dos compañías, aliadas con diversas tribus indias y secundadas por los *mulatos*, vinieron á las manos. Este conflicto doméstico, horrible en sus pormenores, tenía lugar en medio de los desiertos helados de la *Bahía de Hudson*. La colonia de lord Selkirk fue destruida en el mes de junio de 1815, precisamente en la época de la batalla de Waterloo. En estos dos teatros, tan diferentes por el esplendor y por la oscuridad, eran unas mismas las desgracias de la especie humana.

No vayan á buscarse ya en América las constituciones políticas artísticamente confeccionadas, cuya historia nos traza Charlevoix; la monarquía de los hurones, la república de los iroqueses. Algo de esa destrucción se ha verificado y se verifica todavía en Europa, aun á nuestra misma vista: un poeta prusiano, en el banquete de la orden Teutónica, cantó en antiguo prusiano, hácia el año de 1400, los hechos heroicos de los antiguos guerreros de su país: nadie le comprendió, y le dieron por recompensa cien nueces vacías. En el día el bajo-breton, el vascuence, el géllico, van pereciendo á medida que mueren los pastores de cabras y los labradores.

En la provincia inglesa de Cornualles se extinguió la lengua de los indígenas hácia el año de 1676. Un pescador decía á unos viajeros: «No conozco más que cuatro ó cinco personas que hablen breton, y no son más que viejos, como yo, de sesenta á ochenta años: ningún joven sabe una palabra de él.»

No existen ya tribus enteras del Orinoco, y no ha quedado de su dialecto más que una docena de palabras pronunciadas en la cima de los árboles por papagayos que han recobrado su libertad, como el ave de Agripina; que gorgeara palabras griegas sobre las balconadas de los palacios de Roma. Tal será, tarde ó temprano, la suerte de nuestras jergas modernas, despojos del griego y del latín. Algun cuervo, escapado de la jaula del último cura franco-galo, dirá desde lo alto de un ruinoso campanario á pueblos extraños, á nuestros sucesores: «Aceptad estos últimos esfuerzos de una voz que os fue conocida; vosotros pondreis fin á todos estos discursos.»

Esforzao ahora por ser un Bossuet, para que en último resultado vuestra obra maestra sobreviva en la memoria de un pájaro, á vuestro lenguaje y á vuestro recuerdo entre los hombres.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

ANTIGUAS POSESIONES FRANCESAS EN AMÉRICA. — RECUERDO. — MANÍAS DE LO PASADO. — BILLETE DE FRANCISCO CONYNGHAM.

Al hablar del Canadá y de la Luisiana; al mirar en los antiguos mapas la extensión de las antiguas colonias francesas en América, me preguntaba á mi mismo cómo el gobierno de mi país había podido dejar que pudiesen aquellas colonias, que en el día serían para nosotros un manantial inagotable de prosperidad.

Desde la Acadia, y desde el Canadá á la Luisiana, desde la embocadura de San Lorenzo á la del Mississippi, el territorio de la *Nueva-Francia* rodeó lo que formaba la confederación de los trece primeros Estados-Unidos: los otros once, con el distrito de la Colombia, el territorio de Michigan, del Nordeste, del Missouri, del Oregon y de Arkauras, nos pertenecían, ó nos pertenecerían, como pertenecen á los Estados Unidos, por la cesión de los ingleses y de los españoles, nuestros sucesores en el Canadá y en la Luisiana. El país comprendido entre el Atlántico al Nordeste, el mar Polar al Norte, el Océano Pacífico y las posesiones rusas al Noroeste, y el golfo mejicano al Mediodía; es decir, más de las dos terceras partes de la América Septentrional, reconocerían las leyes de Francia.

Temo que la restauración se atraiga su ruina por las ideas contrarias á las que estoy expresando en este momento: la manía de apearse á lo pasado, manía que no ceso de combatir, no tendría ningún funesto resultado si no hiciese más que derribarme á mí, retirándome el favor del príncipe; pero podría muy bien suceder que derrocara el trono. La inmovilidad política es una cosa imposible, y es preciso caminar con

la inteligencia humana. Respetemos la magestad del tiempo; contemplemos con veneración los siglos pasados, consagrados por la memoria y los vestigios de nuestros padres; pero no tratemos de retroceder hácia ellos, porque nada tienen de nuestra naturaleza verdadera, y si intentáramos cogerlos, se desvanecerían. El capítulo de Nuestra Señora de Aquisgram hizo abrir, según dicen, hácia el año de 1450, el sepulcro de Carlo-Magno. Encontróse al emperador sentado en una silla dorada, y con el libro de los Evangelios, escrito en letras de oro, en sus manos de esqueleto: delante de él estaban colocados su cetro y su escudo de oro, y á su lado tenía su *Joyeuse*, cuya vaina era de oro. Estaba revestido con el traje imperial, y sobre su cabeza, que una cadena de oro obligaba á mantenerse recta, tenía un sudario que cubría lo que fue su rostro, y al que había sobrepujada una corona. Tocaron al fantasma, y cayó deshecho en polvo.

Nosotros poseíamos al otro lado del mar vastas comarcas que ofrecían un asilo al excedente de nuestra población, un mercado á nuestro comercio, y un alimento á nuestra marina. En el día estamos excluidos del nuevo universo, en donde el género humano principia á desarrollarse otra vez: las lenguas inglesa, portuguesa y española, sirven en Africa, en Asia, en la Oceanía, en las islas del mar del Sur y en el continente de las dos Américas, para interpretar el pensamiento de muchos millones de hombres; y nosotros, desheredados de las conquistas de nuestro valor y de nuestro genio, apenas oímos hablar en algún rincón de la Luisiana y del Canadá, y bajo una dominación extranjera, la lengua de Colbert y de Luis XIV, que no permanece allí mas que como un testigo de los reveses de nuestra fortuna y de las faltas de nuestra política.

¿Y cuál es el rey cuya dominación reemplaza ahora la dominación del rey de Francia sobre los bosques del Canadá? El que ayer mandaba que se me escribiera este billete:

Royal-Lodge-Windsor 4 de junio de 1822.

«Señor vizconde: Tengo orden del rey para invitar á V. E. á que venga á comer y dormir aquí el jueves 6 del corriente.

«El muy humilde y obediente servidor,

FRANCISCO CONYNGHAM.»

Era destino mio el verme atormentado por los príncipes. Me veo precisado á interrumpirme; vuelvo á pasar el Atlántico; me compongo mi brazo roto en Niagara; me despojo de mi piel de oso; vuelvo á tomar mi traje dorado; me traslado del wigwam de un iroqués al real palacio de S. M. B., monarca de los tres reinos unidos y dominador de las Indias, y dejo á mis huéspedes de orejas cortadas y á la pequeña salvaje de la perla, deseando á lady Conyngham la gentileza de Mila, con esa edad que no pertenece todavía mas que á la mas temprana primavera, á esos días que preceden al mes de mayo, y que nuestros poetas gaulas llaman la *Abrilada*.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

Revisado en diciembre de 1846.

MANUSCRITO ORIGINAL EN AMÉRICA. — LAGOS DEL CANADÁ. — FLOTA DE CANOAS INDIAS. — RUINAS DE LA NATURALEZA. — VALLE DEL SEPULCRO. — DESTINO DE LOS RIOS.

La tribu de la joven de la perla marchó, y mi guia, el holandés, se negó á acompañarme mas allá de la

catarata. Le pagué, y me asocié á unos traficantes que iban á bajar al Ohio. Antes de marchar dirigí una mirada sobre los lagos del Canadá, y nada me pareció mas triste que el aspecto de esos lagos. Las llanuras del Océano y del Mediterráneo abren caminos á las naciones, y sus orillas están ó estuvieron habitadas por pueblos civilizados, numerosos y poderosos: los lagos del Canadá no presentan mas que la desnudez de sus aguas, la cual va á confundirse con una tierra desierta: soledades separadas por otras soledades. Riberas sin habitantes están contemplando mares sin buques, y de las ondas desiertas se pasa á playas desiertas.

El lago Erié tiene mas de cien leguas de circunferencia: las naciones ribereñas fueron hace dos siglos exterminadas por los iroqueses. Causa espanto ver á los indios aventurarse sobre balsas de corteza de árboles en ese lago famoso por sus tempestades, en donde hormigueaban en otro tiempo millares de serpientes. Aquellos hombres cuelgan sus manitas á la popa de sus canoas, y se lanzan en medio de los torbellinos entre las olas agitadas, las cuales, al nivel de las canoas, parece que amenazan sumergirlas. Los perros de los cazadores, con las patas apoyadas sobre el borde, lanzan ahullidos, al paso que sus amos, guardando profundo silencio, hienden las olas cadenciosamente con sus pagayas. Las canoas se adelantan en fila: en la proa de la primera va en pie un jefe que repite el diptongo *oah*, la *o* con un sonido sordo y prolongado, y la *a* en un tono agudo y breve. En la última canoa va también de pie otro jefe manejando un remo en figura de timón. Los demás guerreros van sentados sobre sus talones en el fondo de las canoas. A través de la niebla y de los vientos solo se divisan las plumas que adornan las cabezas de los indios, el cuello tendido de los perros que ahullan y los hombros de los dos *sachems*, piloto y augur, á quienes se podría tomar por los dioses de aquellos lagos.

Los rios del Canadá carecen de historia en el antiguo mundo: muy distinto es el destino del Ganges, del Éufrates, del Nilo, del Danubio y del Rhin. ¡Cuántos cambios no han visto estos en sus orillas! ¡Cuánto sudor y sangre han hecho derramar los conquistadores para atravesar en sus corrientes esas ondas que un pastor salva de un brinco en su nacimiento!

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

CURSO DEL OHIO.

Luego que dejamos los lagos del Canadá, vinimos á Pittsburg, en donde confluyen el Kentucky y el Ohio: allí despliega el paisaje una pompa extraordinaria. Aquel país tan magnífico se llama no obstante Kentucky, del nombre de su rio, que significa *rio de sangre*, y que es llamado así á causa de su belleza. Por espacio de mas de dos siglos las naciones del partido de los che-rokis y del partido de las naciones iroquesas estuvieron disputándose sus cazas.

¿Serán las generaciones europeas mas virtuosas y mas libres en aquellas orillas que lo fueron las generaciones americanas exterminadas? ¿No labran esclavos la tierra, amenazados con el látigo de sus amos, en aquellos desiertos de la primitiva independencia del hombre? ¿No reemplazarán cárceles y horcas á la cabana abierta y al alto tulipar, en donde el pájaro hace su nido? ¿No hará nacer nuevas guerras la riqueza del suelo? ¿Dejará el Kentucky de ser la *tierra de sangre*? ¿Embellecerian mejor las orillas del Ohio los monumentos de las artes que los monumentos de la naturaleza?

Después de pasar el Wabach, la gran Cypriera, el rio de las Alas ó Cumberland, el Cherokee ó Tennesee, y los Bancos Amarillos, se llega á una lengua de tierra